

JORGE JUAN: UNO DE LOS NUESTROS

Juan RODRÍGUEZ GARAT

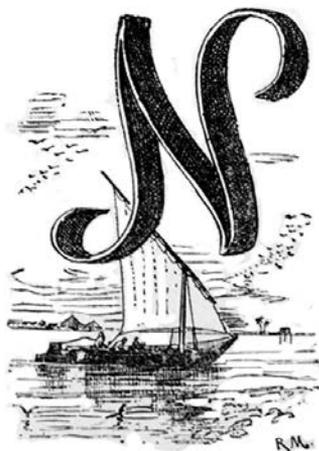


(retirado)

La práctica no es distinta de la teórica: si no concuerdan, alguna de las dos está viciada.

Examen Marítimo (Jorge Juan y Santacilia)

Una historia mal contada



O sin cierta razón, los marinos españoles solemos presumir de que muchas de las mejores páginas de la historia de España —y también algunas de las más destacadas de la historia de la humanidad— se han escrito sobre las cubiertas de nuestros buques. Desde que en 1248 el almirante Bonifaz, siguiendo órdenes de Fernando III el Santo, remontó el Guadalquivir para romper el puente de barcas que impedía el cerco de Sevilla, las hazañas de nuestros predecesores, muchos de ellos anónimos, cambiaron el mundo. A ellos les debemos la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la primera circunnavegación, la decisiva derrota del Imperio otomano en Lepanto o la increíble gesta histó-

ca de la Carrera de Indias prolongada durante más de dos siglos.

Sin embargo, es raro encontrar entre los historiadores generalistas quien se haya ocupado con rigor y detalle de los aspectos marítimos de nuestro pasado (1). Y no sería justo culpar a otros de este abandono, porque la propia Armada no

(1) No faltan en la España de hoy grandes historiadores navales, alguno de los cuales me honra con su amistad. Pero sí se echa de menos la perspectiva marítima en los compendios de historia que leemos la mayoría.



Estatua de don Álvaro de Bazán en la Plaza de la Villa de Madrid.
(Foto: www.wikipedia.org)

empezó a interesarse por su historia hasta finales del siglo XVIII, cuando los británicos, nuestros enemigos de entonces, ya habían vendido al mundo el relato que les convenía.

Con tales antecedentes, no debería sorprendernos que, si exceptuamos a los héroes caídos en Trafalgar —un combate desigual, magnificado por los británicos porque en él se convirtió en leyenda Horacio Nelson, uno de sus grandes mitos nacionales—, sean muy pocos los marinos que han pasado con nombre propio a la gran historia de nuestra Patria, y a los escasos afortunados que han conseguido encontrar un hueco en la memoria de los españoles a menudo se les presenta bajo una luz equivocada. Así, de la España de los Austrias, apenas don Álvaro de Bazán parece sobresalir del anonimato general, pero no necesariamente por sus hazañas en la mar, sino para recordarnos que su muerte dejó la desafortunada empresa de Inglaterra al mando del inexperto duque de Medina Sidonia (2).

(2) Así lo hace, entre otros, Antonio Domínguez Ortiz, en su obra *España, tres milenios de historia*. Debo señalar que, a pesar de ese enfoque, que creo equivocado, se trata de una lectura imprescindible que figura entre las recomendadas por el Instituto de Historia y Cultura Naval en el apartado bibliográfico de la «Historia de la Armada».

En las crónicas generalistas del siglo XVIII, un período que vio el renacer de la Armada bajo la dirección de ministros competentes como Patiño o el marqués de la Ensenada (3), apenas podemos encontrar dos nombres de marinos, unidos por las experiencias compartidas en los primeros años de sus carreras: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. No queda ni rastro de los oficiales que como Blas de Lezo, Juan José Navarro o Luis de Córdova consiguieron infligir dolorosas derrotas a los ingleses a pesar de la innegable supremacía marítima de la Gran Bretaña de la época (4).

Es cierto que la figura de Jorge Juan, a quien rendimos merecido homenaje en este número especial de la REVISTA GENERAL DE MARINA, brilla con luz propia cualquiera que sea el autor que consultemos.

Pero la carrera del insigne marino podría dejar en fuera de juego a los observadores más superficiales, porque las páginas de historia que él protagonizó no se escribieron precisamente sobre la cubierta de nuestros buques. De hecho, su propia identidad como marino aparece a menudo diluida frente a la de ingeniero (5) o científico.

Esa historia tan mal contada, en la que la tragedia prevalece sobre la épica y en la que lucen más los sabios que los soldados, puede hacer que alguno se



Retrato de José Patiño. Copia realizada en 1828 por Rafael Tegeo, de un original de Jean Ranc. (Museo Naval de Madrid)

(3) Un siglo, además, que culminó con una poco publicitada derrota británica en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias norteamericanas, en la que la Armada jugó un importante papel.

(4) No deberíamos limitarnos a ver la paja en el ojo ajeno. Conservo la publicación de historia que yo mismo estudié —el lector entenderá que es un decir— en la Escuela Naval. En sus páginas, mal impresas, ni siquiera se cita a Blas de Lezo.

(5) «El ingeniero Jorge Juan», dice de él García de Cortázar en su también imprescindible *Breve Historia de España*.

pregunte si la Real Armada del siglo XVIII era más útil como instrumento científico que como fuerza de combate (6). Puede hacer que, a pesar de la indudable admiración que suscita la figura de Jorge Juan, nuestros jóvenes oficiales y suboficiales, que sueñan victorias —mucho más que ecuaciones diferenciales— mientras escuchan las notas del himno de la Armada, se pregunten dónde estaba el marino de Novelda mientras Blas de Lezo defendía Cartagena de Indias. O qué hacía el llamado el Sabio Español mientras Mesía de la Cerda libraba su último combate contra el inglés a bordo del *Glorioso*, sin la ayuda de nadie a pesar de encontrarse a pocas millas de San Vicente.

A la primera de esas hipotéticas preguntas sobre el verdadero papel de la Real Armada en el XVIII da cumplida respuesta el compendio de historia naval recientemente publicado por el Instituto de Historia y Cultura Naval (7). En sus páginas se muestra que, con pocas excepciones —que también podemos encontrar en el bando enemigo—, España, con Francia como aliada, fue un digno rival de la Gran Bretaña hasta que la Revolución francesa vino a alterar decisivamente el equilibrio de fuerzas europeo en perjuicio de las que habían sido monarquías borbónicas. A las otras cuestiones sobre la carrera de Jorge Juan y sobre su legado trataré de dar en este artículo razonada respuesta.

Un marino vocacional

A los marinos de hoy, herederos de una historia tan gloriosa que rara vez hemos creído necesario defenderla, nos han robado algunas de las más heroicas victorias de nuestro pasado, desde la épica de Bocanegra en La Rochela hasta la pírrica de Juan José Navarro en cabo Sicié. No deberíamos permitir que eso siga ocurriendo, pero tampoco deberíamos dejar que, aunque sea en nombre de la ciencia, se nos arrebate una figura que nos pertenece, como es la del marino de Novelda.

Jorge Juan nunca fue el Newton español, aunque fuera el cariño y la admiración lo que haya inducido a algunos autores a darle tan prestigioso apelativo. Su carrera no fue la de un científico dedicado profesionalmente y en exclusiva al progreso de la física y las matemáticas, como la del inmortal británico. Tampoco fue un ingeniero, aunque desde luego mereciera serlo *honoris causa*. El Sabio Español fue un oficial de la Real Armada, carrera que eligió por vocación y no por necesidad, como algunos segundones de su tiempo. Tenía 16 años —lo que en una época en la que no había televisión ni videojuegos acreditaba cierto grado de madurez— cuando abandonó Malta, donde

(6) Confieso que, en mi caso, he caído alguna vez en esa tentación.

(7) *Historia de la Armada. Páginas de la historia de España escritas en la mar*. Editado por el Ministerio de Defensa en 2021.

había servido como paje del gran maestre de la Orden Hospitalaria. Lo hizo, según las crónicas, «con voluntad resuelta de servir a S. M. en la Marina» y, seguramente, «más atraído por la vida militar que por la religiosa» (8). Lo mismo se dijo en su día de don Juan de Austria.

De su carrera como oficial de la Armada, ciertamente atípica, lo primero que conviene tener presente es que no fue él quien eligió sus destinos. No vamos a pedir en nombre del insigne marino disculpas que serían innecesarias, pero no fue Jorge Juan quien decidió a qué materias debía aplicar su privilegiada inteligencia ni a qué asuntos dedicar sus esfuerzos, siempre generosos. Sobre su carrera pesó más la necesidad de los monarcas —que en aquel momento no tenían mejor instrumento que la Armada y el Ejército para la imprescindible tarea de hacer progresar la ciencia en España— que los deseos del propio marino. Y, si me preguntan mi opinión, es justo que fuera así.

Es obvio que no partió de Jorge Juan —un joven guardiamarina que todavía no había cumplido los 22 años— la idea de medir el arco de meridiano en el Virreinato del Perú. Fue la Real Academia de Ciencias de París la que concibió la expedición y fue el Consejo de Indias el que informó sobre la conveniencia de que «uno o dos sujetos inteligentes en las Matemáticas y la Astronomía» acompañaran a los científicos franceses. Fue Patiño quien, a la vista de sus cualidades, designó a los entonces guardiamarinas Jorge Juan y Antonio de Ulloa para la expedición y quien les dio las instrucciones que ellos



Retrato de Jorge Juan Santacilia, por Rafael Tegeo.
(Museo Naval de Madrid)

(8) Así lo cuentan Rosario Die Maculet y Armando Alberola Romá en su artículo «Jorge Juan Santacilia. Síntesis de una vida al servicio del Estado». REVISTA GENERAL DE MARINA, agosto-septiembre 2013.



(Fuente: bibliotecavirtual.defensa.gob.es)

las órdenes de sus superiores, se debe la construcción del Real Observatorio de la Armada, la edición de su *Compendio de navegación* y, posteriormente, la publicación de su obra más importante, el *Examen Marítimo* (12). También debemos a su iniciativa la fundación de la Asamblea Amistosa Literaria,

(9) El capitán de navío Marcelino González Fernández explica con detalle el proceso en su artículo «Jorge Juan y la expedición para medir el arco de meridiano», publicado en el número de la REVISTA GENERAL DE MARINA ya citado.

(10) En el mismo número de la REVISTA GENERAL DE MARINA, el capitán de navío Blanco Núñez analiza la misión diplomática de Jorge Juan en «La incorporación de Jorge Juan al mundo de la diplomacia».

(11) Ningún marino necesita que le recuerden el artículo 14 de las *Reales Ordenanzas*, un texto que, sin más modificaciones que la de su numeración, ha sobrevivido a todos los cambios que con el paso del tiempo han venido a actualizar la norma ética fundamental de las Fuerzas Armadas.

(12) El título completo es *Examen Marítimo Teórico Práctico, o Tratado de Mecánica Aplicado a la Construcción, Conocimiento y Manejo de los Navíos y demás Embarcaciones*.

complimentaron fielmente (9). Fue luego el marqués de la Ensenada quien, tratando de revitalizar la construcción naval española, envió a Jorge Juan a Inglaterra y, a su vuelta, le ordenó hacerse cargo del proyecto y dirección de los arsenales de la Ilustración. Fue el propio Ensenada quien le dio el mando de la Real Compañía de Guardias Marinas y, después del injusto cese del marqués, fue Grimaldi quien le designó embajador extraordinario en Marruecos (10).

Pero no deberíamos confundir la disciplina con la pasividad. Jorge Juan acometió todas las tareas que se le encomendaron, ya fueran de naturaleza naval o de cualquier otro tipo, con el mismo espíritu de iniciativa. Jamás se contentó con hacer lo preciso de su deber (11). Al empeño del propio marino, más que a

concebida quizá como desquite por la destitución del marqués de la Ensenada, que impidió a Jorge Juan hacer realidad uno de sus sueños: la creación de una muy necesaria Academia de Ciencias en España que, por desgracia para nuestro país, todavía se haría esperar un siglo más.

Dicho esto, y sin necesidad de recorrer toda la carrera del insigne marino —ya narrada en esta REVISTA por mejores plumas—, podemos adelantar qué hacía Jorge Juan mientras algunos de sus compañeros se batían heroicamente con los británicos: estaba sirviendo a su rey y honrando a su Patria donde sus superiores consideraron que sus servicios eran más necesarios.

Un marino ilustrado

¿Cómo era Jorge Juan como marino? A lo largo de nuestra carrera, casi todos los oficiales de la Armada hemos tenido que redactar en alguna ocasión informes personales sin conocer directamente al informado. Recurrimos para ello a la opinión de otros, expresada en informes y partes, y así lo hacemos constar para que nuestros superiores puedan dar el peso que proceda a nuestras valoraciones.

Con esa reserva, y dejando desde luego muchos conceptos sin observar, trataré de evaluar al marino de Novelda, sintiéndome reconfortado porque nuestro sistema de informes en absoluto exige que el calificador sea comparable al evaluado en ninguno de los apartados objeto de valoración; basta con que sea superior en antigüedad o empleo y, dado que Jorge Juan terminó su carrera como jefe de escuadra por injusto que ya en su época pareciera no haberle ascendido a teniente general (13), es obvio que me encuentro en ese caso. Para sus biógrafos, quizá su gran virtud fuera su extraordinaria inteligencia. Sin embargo, esa cualidad es una gracia otorgada, de alguna manera codificada en nuestro ADN, y por tanto, un don del que no cabe presumir, pero que sólo da frutos cuando va hermanado con el estudio, y esto sí fue mérito del joven guardiamarina, a quien sus compañeros, que seguramente le conocerían bien, llamaban Euclides.

Los logros de Jorge Juan en el terreno científico y en el de la docencia no sólo acreditan su inteligencia; demuestran también su capacidad de trabajo, su dedicación, su entrega y hasta una cierta versión, extrapolada al terreno de la actividad intelectual, de lo que en la milicia se llama voluntad de vencer. Bien

(13) Cita Mariano Juan y Ferragut, en su artículo «Jorge Juan: adornos y perfiles», publicado en la REVISTA GENERAL DE MARINA citada, el siguiente texto de quien fue ministro de Marina, Luis María de Salazar: «Decir pues lo que en beneficio del Estado trabajó y escribió don Jorge Juan fuera obra larga, así como parece incomprensible que sobre tantos méritos, tantos útiles desvelos y tan importantes como notorios servicios, hubiese sido tan escaso el premio».



Casa natal de Jorge Juan en El Hondón, Novelda.
(Foto: www.wikipedia.org)

pueden por ello sentirse orgullosos los españoles de su figura. Pero, ¿y los marinos? ¿Era Jorge Juan uno de los nuestros? ¿Se ajustaba el Sabio Español al código de valores de la Armada de hoy y de siempre, encabezado por el honor, el valor, la disciplina y la lealtad?

Para empezar, no se puede negar que el ilustre marino era un hombre de honor. Su conducta profesional, ejemplar en los momentos de gloria y en los de injusta postergación, y su irreprochable vida personal, ajustada a los exigentes principios de la Orden de Malta que profesó, demuestran que poseía en alto grado esa «cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo» (14).

Los biógrafos de Jorge Juan señalan que era un hombre valiente y que en su juventud tuvo algunas ocasiones de demostrarlo bajo dos circunstancias —un incendio a bordo y un temporal— que en absoluto eran excepcionales en los navíos de la época. Pero, aunque el azar no le hubiera puesto en tales situaciones, en el siglo XVIII tenía todo el sentido aplicar a los marinos españoles, enfrentados permanentemente a dos enemigos mortales —la mar y la competente y combativa Marina británica— la conocida frase, hoy rutinaria, de «valor se le supone».

(14) Así define el honor la RAE en su primera acepción.

De la disciplina del marino de Novelda da fe su propia carrera, por desgracia sujeta a los bandazos de la política española de la época. Siempre es más difícil obedecer las órdenes cuando las creemos equivocadas o injustas, y de éstas, a partir de la destitución del marqués de la Ensenada, tuvo que sufrir bastantes Jorge Juan, que hubo de resignarse a ver cómo el sistema de construcción naval que él había propuesto era abandonado en beneficio del francés. Sólo su inmenso prestigio salvó al Sabio Español de acompañar al ministro en su caída; pero bien sabía el marino que la mayor parte de los informes elevados a Julián de Arriaga, el indeciso sucesor de Ensenada en el Ministerio, terminarían en aguas de borrajas. Pese a ello, haciendo realidad el verso de Calderón que dice «aquí la más principal hazaña es obedecer», continuó trabajando con el mismo celo que había demostrado a las órdenes de su protector.

En las difíciles circunstancias provocadas por la injusta destitución del marqués de la Ensenada, tuvo Jorge Juan ocasión de demostrar que era un hombre leal. Fernández Duro nos relata sus atenciones al ministro caído, desterrado en Granada, a quien visitó y ofreció su apoyo personal sin preocuparse por la posibilidad de perder el favor de la corte. Dice el historiador: «Estuvo un día en Granada, se sentó a la mesa del marqués y le ofreció sus economías, arrostrando las consecuencias de un paso que, a decir verdad, no pudo motejarse por los mayores enemigos del caído».

Si son nuestros valores los que nos definen, los de Jorge Juan no pueden estar más alejados de los de un hombre de ciencia como Isaac Newton. Un rápido vistazo a la biografía del británico, un personaje tan brillante como polémico, descarta cualquier coincidencia en los perfiles del marino y el científico. Entre lo poco que sí tuvieron en común, además de una privilegiada inteligencia, está el prestigio que ambos —cada uno en su ámbito y sin ánimo de comparar al ilustre marino español con un genio como Newton, de dimensiones verdaderamente universales— llegaron a alcanzar.

Nuestro sistema de informes personales da hoy particular importancia al prestigio del militar, valor siempre en alza en la profesión de las armas, aunque a menudo sea difícil de medir de forma objetiva. Pero no hay error posible en el caso de Jorge Juan. Del prestigio del que gozó el Sabio Español en su propia época da fe su admisión como miembro correspondiente de las Academias de Ciencias de París y Berlín y de la Real Sociedad de Londres. En España, y tal como nos cuenta Fernández Duro, era el hombre para todo: «Todos los ministerios, el Consejo Supremo de Castilla, las academias, las sociedades científicas le mandaban a consulta las cuestiones arduas o le encomendaban las cuestiones delicadas de toda especie».

Todas las cualidades que adornaban al insigne marino contribuyen a situar a Jorge Juan entre los grandes protagonistas de nuestra historia. Pero si tuviéramos que explicar qué le hace diferente a los demás, posiblemente tendríamos que recurrir, por obvio que pueda parecer, a su carácter de marino ilustrado.

Acierta el general auditor Cervera Pery al caracterizar a la Ilustración como «una actitud crítica ante el pasado, oponiendo la razón a la tradición». El brillante militar e historiador, consejero del Instituto de Historia y Cultura Naval y recientemente fallecido, nos cuenta que Jorge Juan perteneció a una «minoría selecta que analiza y razona, pero también viaja, conversa y sobre todo estudia mucho y lee libros» (15).

Pero, aun siendo importante, para pasar a la historia no basta con dejarse llevar por «la manía de pensar» (16). Hay que atreverse a utilizar la inteligencia de forma creativa. Hay que tener el valor de abrir caminos nuevos enfrentándose a la resistencia de las instituciones, siempre reticentes a aceptar los riesgos del cambio, y aún más en la España del siglo XVIII, con la Inquisición todavía vigilando las innovaciones para detectar posibles discrepancias entre ciencia y dogma.

La obra y el legado

La obra intelectual de Jorge Juan fue, con notables excepciones (17), efímera. No cabría esperar otra cosa en un mundo que evolucionaba con extraordinaria rapidez. El paso del tiempo ha hecho desaparecer muchas de las huellas de sus expediciones científicas. Su sistema de construcción naval, con sus muchos aciertos y sus escasos errores, fue abandonado a los pocos años, pero no a causa de los unos o de los otros, sino como una consecuencia más del cese del marqués de la Ensenada y de la apuesta de su sucesor Julián de Arriaga por la senda que seguía la Marina francesa. Los trabajos que Jorge Juan publicó —en particular su *Examen Marítimo*, que despertó en su día la admiración del mundo científico— no tienen ya más valor que el de ocupar un lugar en la historia de la ciencia, asombrando a quienes quieran curiosear entre sus páginas.

Sin embargo, su legado vive todavía. Y no únicamente en la Marina científica que nos enorgullece y a la que él contribuyó decisivamente, sino en la concepción de la propia Armada. ¿Quién puede dejar de ver la huella del más notable de los marinos ilustrados en la apuesta por la formación científica que aún hoy sigue vigente no sólo en el Cuerpo de Ingenieros, sino también en la Escala de Oficiales del Cuerpo General?

(15) En su artículo «La España que vivió Jorge Juan (reformismo, realismo, ilustración)», publicado en el número de la REVISTA GENERAL DE MARINA repetidas veces citado.

(16) Así se titula uno de los apartados de la *Breve Historia de España*, de Cortázar, en el capítulo dedicado a la Ilustración.

(17) Entre las que cabe citar el Real Observatorio y la propia Asamblea Amistosa y Literaria, todavía activos después de casi tres siglos.



Real Instituto y Observatorio de la Armada. (Foto: Armada)

Es cierto que, en el mundo especializado en que vivimos —y si se exceptúa el reducido nicho que compete al Real Observatorio—, la Armada ya no puede aspirar a liderar el desarrollo de la ciencia en España. Ése es un papel que hoy corresponde a la Universidad, con la cual contamos para dar a los nuevos oficiales una parte significativa de la formación que en su día impartió el propio Jorge Juan. Pero el ejemplo del marino todavía nos invita a no desengañarnos del mundo científico, con el convencimiento de que nuestros cuadros de mando decidirán mejor si, como tanto se esforzó él por hacer, entienden el porqué de las cosas.

No es posible leer este conocido artículo de las *Ordenanzas Generales de la Armada Naval de 1793* (18), publicadas dos décadas después de la muerte del marino de Novelda, sin intuir que bajo la inspiradora prosa de Mazarredo yace el legado de hombres como Jorge Juan:

(18) *Ordenanzas Generales de la Armada Naval (1793)*, Tratado 3.º, Título III, Artículo 2.

«A la aplicación, buena conducta, subordinación al superior, circunspección afable con el inferior, respeto a las dignidades de las demás carreras, urbanidad general, actividad y celo incansable en la fatiga, y finalmente espíritu militar, esto es, deseo de poner su vida a cualquiera riesgo en defensa de mi Corona y de la Patria, que son las calidades que caracterizan de digno al Oficial en todas las profesiones de mis Reales Armas, *debe unir el de Marina los conocimientos propios de los muchos ramos de su carrera*, como se expresan en el Título de Capitanes Generales de Departamento, *considerando que si ignora no puede mandar, y que si algún acaso le pone en cargo superior a su inteligencia, estará en el continuado desaire de darlo a conocer a sus inferiores, y en igual riesgo de perder su estimación.*»

Aún más claro es el artículo siguiente, que describe las obligaciones del oficial subalterno de Guerra tal como las entendía el Sabio Español:

«Debe hacer un incesante estudio de todas las partes del oficio; frecuentar las academias de Guardias Marinas y Artillería y sus ejercicios prácticos, concurrir a las operaciones de los ingenieros en la sala de gálibos y a las carenas y construcciones...»

Un legado como éste no puede ser efímero, porque el tiempo no pasa por los valores que nos definen. Más sobrio en su redacción —un signo de los tiempos que, quizá porque ya no soy joven, no me termina de gustar—, el artículo 25 de las *Reales Ordenanzas* hoy vigentes nos recuerda que todavía se espera de los marinos del siglo XXI que nos miremos en el espejo de Jorge Juan para ser capaces, como lo fue él, de construir una Armada mejor.

«Mantendrá una sólida formación moral, intelectual, humanística y técnica, un elevado conocimiento de su profesión y una adecuada preparación física, que le capaciten para contribuir a la eficacia de las Fuerzas Armadas y faciliten su adaptación a la evolución propia de la sociedad y del entorno internacional, así como a la innovación en medios y procedimientos.»

Sin miedo a pensar

Me complace decir que Jorge Juan es uno de los marinos más homenajeados de nuestra historia. Inhumado en el Panteón de Marinos Ilustres desde su inauguración, su nombre ha honrado ya a tres buques de la Armada. Abrió la lista un aviso de hélice que entró en servicio en 1875. Le sucedieron, ya en el siglo XX, dos destructores; el primero, de la clase *Antequera*, dado de alta en



Destructor *Jorge Juan* (D-25). (Foto: www.flickr.com/photos/armadamde)

1937, y el segundo, el último de los llamados «Latinos», en 1960 (19). Pero no ha sido sólo la Armada la que se ha acordado de sus méritos. Hay en España muchos monumentos, calles, colegios e institutos que recuerdan al Sabio Español. Entre ellos, se encuentra el Colegio Mayor Jorge Juan, un nombre muy bien elegido para un centro que acerca en Madrid a la Armada y a la Universidad. También sigue vivo el recuerdo de Jorge Juan en el mundo de la cultura. La Asamblea Amistosa Literaria, su creación más personal, continúa su andadura casi tres siglos después de su fundación, y los numerosos estudios sobre su vida y obra, a los que no es ajena la propia REVISTA GENERAL DE MARINA, hacen justicia a sus muchos merecimientos.

Para la Armada de hoy, es un honor y una obligación liderar los reconocimientos al insigne marino cuando se cumplen 250 años de su fallecimiento. Pero, como ocurre con otras grandes figuras de nuestra historia, no es sólo el deseo de hacer justicia lo que nos inspira a honrar a Jorge Juan. Tal como han hecho los militares de todos los tiempos, rendimos homenaje a los mejores entre quienes nos precedieron por gratitud, pero también por interés. Recordamos a nuestros héroes del pasado con la vista puesta en el presente y con la

(19) Hay muchos más candidatos que barcos pero, treinta y cinco años después de la baja de los «Latinos», ¿no es momento ya de recuperar el nombre de Jorge Juan para uno de nuestros buques? ¿Quizá el relevo del *Hespérides*?

esperanza de que nos ayuden a construir el futuro, porque queda mucho trabajo por hacer y precisamos de su ejemplo, su estímulo y su guía para la continuación de su obra.

¿Qué podemos aprender de Jorge Juan que sea de aplicación al siglo XXI? Si algo nos enseña el Sabio Español desde su lugar en la historia es que no hay que tener miedo a pensar. La tradición es importante en los ejércitos porque ayuda a crear ese espíritu de cuerpo que nos eleva por encima de nuestras aptitudes y sustenta los valores que heredamos de quienes nos precedieron. Pero, como demostró el marino de Novelda en todas las actividades que se le encomendaron, ésta no puede estar reñida con la razón.

No hay mérito alguno en hacer pronósticos sobre pasados alternativos que nunca podrían demostrarse. Pero me gustaría creer que si Jorge Juan hubiera dedicado su brillante inteligencia y su creatividad al campo de la táctica, quizá habría sido España y no la Gran Bretaña (20) la primera potencia que abandonara la rígida sujeción a la línea de fila que coartaba la libertad de acción de los comandantes del siglo XVIII y que provocó que tantos combates navales de aquella época terminaran en tablas, sin vencedor ni vencido. Porque no hay nada más contrario a las enseñanzas de Sun Tzu —el primero de los grandes pensadores de la historia militar— que aplicar a ciegas la doctrina a la hora de combatir (21), ni hay nada más contrario al espíritu innovador de Jorge Juan que ampararse en la tradición para esconder el perezoso «siempre se ha hecho así».

Pero dejemos las especulaciones para donde proceda hacerlas —la mesa de la cámara o la barra de un bar— y volvamos al ejemplo de Jorge Juan. Hace dos siglos y medio, el Sabio Español publicó su obra cumbre, el *Examen Marítimo*. Con ella demostró a España y al mundo hasta dónde puede llevarnos la inteligencia creativa en un terreno, el de la construcción naval, que quizá fuera el más exigente para la ciencia de su tiempo. No se nos puede pedir a los marinos de hoy que estemos a su altura, pero sí que, en la medida de nuestras propias posibilidades, le sigamos aguas. Puede pedírsenos que, cada uno en el ámbito que le corresponda, nos atrevamos a pensar. Porque en un entorno como el de hoy, tan cambiante como el que vivió el marino de Novelda, esa cultura de pensar con libertad y actuar con disciplina, de la que él mismo fue el mejor ejemplo, es la que hará de la Armada del siglo XXI una digna heredera de Jorge Juan.

(20) Aunque la táctica empleada por Nelson en Trafalgar haya pasado a la historia como si se tratase de una genialidad, el almirante José Ignacio González-Aller, en su libro *España y el Mar en el Siglo de Carlos III*, atribuye el mérito a Rodney, que atacó al francés De Grasse en dos columnas en la batalla de Santos más de veinte años antes.

(21) Sin ir más lejos, es posible que sea ese el más grave de los errores cometidos por Rusia en Ucrania.